

EL HIJO PRÓDIGO

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

*A mis padres.*

A. P. DE ALARCÓN.

## PERSONAJES

## ACTORES (EN 1857).

|                        |                                   |
|------------------------|-----------------------------------|
| DON BLAS, 60 años..... | D. Joaquín Arjona.                |
| DOÑA ROSA, 50.....     | D. <sup>a</sup> Mercedes Buzón.   |
| MIGUEL, 20.....        | D. Julián Romea.                  |
| DOLORES, 20.....       | D. <sup>a</sup> Teodora Lamadrid. |
| FERNANDO, 20.....      | D. Victorino Tamayo.              |
| DOÑA RAMONA, 40.....   | D. <sup>a</sup> Felipa Orgaz.     |
| DON GIL, 50.....       | D. Pedro Sobrado.                 |

CRIADO.

UN MOZO DE DILIGENCIAS.

UNA CIEGA Y UNA NIÑA.

*(La ciega canta.)*

La escena es en una importante villa de Andalucía,  
en casa de Don Blas.—Año de 1850.

*Se estrenó este drama en el teatro del Circo, de Madrid, la noche del 5 de Noviembre de 1857, á beneficio del primer actor D. Joaquín Arjona.*

## NOTA

- Se procurará que los trajes no resulten prosaicos ó vulgares.
- Don Blas*, en el primer Acto, lleva gran bata de invierno, y, en el segundo y tercero, levitón muy largo, de mahón de su color, y pantalón y chaleco blancos.
- Doña Rosa*.—Vestidos anticuados, manteletas de seda negra, y gran peinado del año 30.
- Miguel*.—Primer Acto, frac y corbata blanca. Segundo y tercero, traje usado de viaje.
- Dolores*.—Bata de invierno en el primer Acto, sencilla y elegante. Traje de verano, en el segundo y tercero, claro, propio para salir de casa.
- Fernando*.—Traje de capricho, como de viaje, ó campo, ó caza, en el primer Acto; por ejemplo: chaqueta larga de terciopelo, gran chaleco de ante y polainas de lo mismo, pantalón bombacho, y elegante sombrero chambergo. En el segundo y tercero, traje entero de ciudad, de dril claro.
- Doña Ramona*.—Trajes anticuados, lujosos y algo ridículos.
- Don Gil*.—Frac antiguo, corbatín de ballena, chaleco corto y guantes blancos en el primer Acto; y, en el segundo y tercero, levita anticuada, de verano.

## ACTO PRIMERO

Salón antiguo, con gran chimenea de campana, á la derecha del espectador, en primer término.—En segundo término, en el mismo lado, la puerta del comedor.—En el fondo, gran puerta que da á un corredor, cuya baranda se alcanza á ver, y detrás el hueco del patio.—Á la izquierda, en el segundo término, aparador con vajilla. En primer término, mesa grande, de nogal, con un velón de Lucena, de cuatro mecheros.—Al fondo, retratos al óleo de altos militares del siglo pasado y de principios del actual.—Á la izquierda, entre la mesa y el aparador, ventana de cristales.—Al lado allá de la chimenea, frente al público, gran sillón de vaqueta.—Todos los muebles anticuados y severos.—Á la izquierda, reloj de pared, con caja para la larga péndola.

### ESCENA PRIMERA

DON BLAS, DOÑA ROSA, DOLORES  
y DOÑA RAMONA

(Al levantarse el telón, se oye el doble de varias campanas.—Don Blas, en el sillón de vaqueta, reza con un rosario en la mano.—Doña Rosa y Doña Ramona hacen calceta, sentadas también á la chimenea.—Dolores, á la izquierda, junto á la mesa, borda en un bastidor de falda.—Es de noche.)

BLAS. ¡Por el eterno descanso  
de los que en la tierra yacen!  
TODOS. Amén. (Da las diez el reloj de péndola. Cesa el doble.)  
RAMONA. Las diez... ¿Han oído?  
BLAS. Sí: las diez son. (Mirando la péndola.)  
RAMONA. ¡Dios las trae!

(Doña Rosa se levanta, y, acompañada luego por un criado, de chaqueta, entra y sale por la puerta de la derecha, llevando vajilla del aparador.—Dolores se levanta alguna que otra vez, y se asoma á los cristales.—Doña Ramona continúa diciendo entre tanto:)

¡Ya terminaron los dobles!—  
¡Jesús, qué noche! ¡qué tarde!  
¡La víspera de difuntos  
me da miedo!—¡Aun tengo carne  
de gallina!—¡Es espantoso  
pasar nueve horas cabales  
oyendo tocar á muerto!

BLAS. Y, sin embargo, ¡es tan grande!  
¡es tan solemne este día!

RAMONA. ¡Pero triste!

BLAS. ¡Disparate!  
Para los buenos cristianos,  
morir es cosa muy fácil;  
porque morir es nacer  
á otra vida perdurable.  
El que no está satisfecho  
de lo que aquí piensa y hace,  
teme que no le permitan  
existir en otra parte...  
¡Por eso espantan los muertos!  
¡Por eso le hacen visajes  
la noche de Todos Santos!...—  
¡Es muy difícil juzgarse  
digno de morir, vecina!—  
Cátese usted.

RAMONA. ¿Que me case?

BLAS. Sí, señora: verá entonces  
cómo en sus hijos renace,  
y ya nunca se imagina  
que morir es acabarse.  
Sabrá usted, por el contrario,  
que, cuando al sepulcro baje,  
habrá, en noches como ésta,

quien recuerde sus bondades,  
y ruegue á Dios por el alma  
de una esposa, de una madre!  
RAMONA. ¡Eso digo yo á Don Gil!—  
Pero, en fin, cuanto más tarde...;  
siendo vieja..., tiene una  
menos probabilidades  
de ver morir á sus hijos...

BLAS. ¡Y de verlos nacer! (Con sorna.)

RAMONA. ¡Zape!

BLAS. ¡No anda usted descaminado!—

Y tú, Dolores, ¿qué haces?

¡No dices una palabra!

¿Qué tienes?

DOLORES. Pienso en mis padres.

(Don Blas se levanta y se acerca á Dolores. Doña Rosa,  
que ve sola á Doña Ramona, le dice, continuando en  
su faena:)

ROSA. Comadre, dispense usted...

RAMONA. ¡Vaya!... Siga usted, comadre.

BLAS. (Á Dolores.)

También yo he pensado en ellos;  
y, en pago á tus preces, sabe  
que, al par que yo, te bendicen  
y te oyen en este instante.—

¡No media tanta distancia  
entre muertos y mortales!...

¡Ausentes los muertos son!...

¡Espera hasta que te llamen!—

(Dolores se levanta.)

Mas dejemos estas cosas...—

¡Alégrate..., ven..., abrázame!...

(La abraza.)

¡Como á verdadera hija  
te queremos, noble ángel!...—  
¡Ni tiene mérito alguno  
que acá vivas y aquí mandes;  
que eso y mucho más debemos  
(y así el Señor se lo pague)  
á la memoria bendita  
de don Luis y doña Carmen!  
Si monté la Ferrería,  
si pan tenemos que darte,  
agradéceselo á ellos...—  
¿Qué era yo?—¡Un señor don Nadie!  
¡Un hidalgo sin terrones,  
cuyo venturoso padre  
perdió, matando franceses,  
mucha hacienda y mucha sangre!...—  
Prestóme entonces el tuyo  
sumas, que llegué á pagarle;  
mas sin él... (Pasean hablando.)

RAMONA. ¡Válgame el cielo!  
¡La historia de siempre!

BLAS. Antes  
de morir, me dijo:—«Blas...»  
(He de advertir que tu madre  
ya había muerto...) (Pasean.)

ROSA. (Acercándose á la chimenea.) ¡Estoy sin vida!  
¡Distráigalo cuando acabe!

RAMONA. ¡Yal ¡yal (De muy mal humor.)

ROSA. ¡Miguel no ha venido!

RAMONA. ¡Ni Don Gil!

ROSA. ¡Y los hojaldres  
ya están!—¡Ay! ¡Ese muchacho  
va á comprometer un lance!

Figúrese usted, vecina,  
que Blas le dijo esta tarde:  
—«¡Ven á las diez!...»—¡Y ya han dado!

RAMONA. ¡Estará con la elegante  
forastera!—¡Según dicen,  
hoy hay concierto, y fiambres!...

ROSA. ¡Dios nos asista! ¡Me aterra  
verle reñir con su padre!—  
Ayer le faltó al respeto;  
y Blas, si llego á tardarme  
en acudir... ¡Virgen Santa!  
(Se oye un aldabonazo.)

BLAS. Lllaman á la puerta. (Á Rosa.)

ROSA. (Muy expresiva.) Ya abren.  
(Pausa.)

## ESCENA II

DICHOS, FERNANDO y el CRIADO

BLAS. Es Fernando.

FERNANDO. Buenas noches.  
(Da la capa y el sombrero al criado.)

TODOS. Buenas noches.

FERNANDO. (Al criado.) Oye, Jaime.  
Llégate á ver si mi potro  
se mejoró.— Vine á escapar  
de la Fábrica, y sospecho  
que cogió en la Plaza un aire.—  
Di á Sebastián que mañana  
tengo que volver al cauce,  
y que mi caballo ú otro

necesito... (Se acerca á la chimenea.)

¡Qué frío hace!

(Busca las miradas de Dolores.)

BLAS.

(Aparte á Dolores.)

¡Ya está aquí el hombre de bien!

¡Confesemos que no es fácil

elegir mejor marido!

Laborioso, rico, afable...

¡Te digo que has acertado!—

(Dolores impasible.)

¡Y nada! ¡Callar!

DOLORES.

(Con mimo.) Repare...

BLAS.

¡Qué condición de chiquilla!

¡No hay quien del cuerpo le saque!...—

¡Pues mira que los papeles, (Dulcemente.)

según hoy me ha dicho Gálvez,

están del todo acabados!

¡Mira que leyóse el martes

la última amonestación!

¡Mira que...—(De pronto.) ¡Fernando!

DOLORES.

(Con apresuramiento.)

¡Calle!

¡Calle por Dios!

BLAS.

(Riéndose.)

Bien: no temas...

FERNANDO.

(Acercándose.)

¿Qué hay, Don Blas?

BLAS.

¿Ya te libraste?

FERNANDO.

Sí, señor. Onza tras onza,

solté los seis mil reales,

con lo cual... sigo paisano!

(Dolores se asoma á los cristales y á la puerta del fondo, de vez en cuando.)

BLAS.

¡Enhorabuena! (Le da una palmadita.)

FERNANDO.

¡Más plácemes

debemos dar á Miguel...

¡Sacar el doscientos!—¡Diantre!

RAMONA.

(Que sigue sentada á la chimenea.)

¡Pues, sin embargo, es tan loca

su afición á los viajes,

que, al ver que no era soldado,

tuvo el valor de quejarse!

FERNANDO.

(Con modestia y sin aversión á Miguel.)

¡Buen provecho! ¡Eso va en gustos!

¡Yo no dejaría el valle

aunque me dieran, en cambio,

galones de comandante!—

(Gravemente.)

La ventura conocida,

para mí es irremplazable...—

Podrá haber otras mejores...—

pero no que más agraden.—

En esta tierra nací:

duermen en ella mis padres:

tengo en Miguel un amigo

noble, leal y constante:

de ustedes gané el afecto;

y, aunque vivo en casa aparte,

mi propio hogar me parecen

las brasas que en éste arden.

Acá jugué cuando niño

con mi aparcerero de clase,

ó con la seria Dolores

meriendas hice y altares...;

y Dios sabe cuántas veces,

en proporciones iguales,

pellizcos de usted... ó besos

partimos los tres rapaces.—

Tal ha corrido mi vida...  
tal es... y Dios me la guarde...—

¿Á qué mudar de postura?

¿Á qué ni adónde marcharme?

(Modando de tono al ver que se conmueve.)

¡Bah! ¡Esta villa es muy hermosa!

¡Aquí hay de todo!—Aquí...

BLAS.

(¡Cállate!

(Señalando á Dolores, que está junto á la ventana.)

¿No ves que le da vergüenza  
de quererte y de casarse?)

FERNANDO.

(Aparte, con melancolía.)

(¡Vergüenza!...)

BLAS.

Acaba: ¡has llegado  
de tal manera á prendarte...  
de mi pobre Ferrería,  
que has vendido tus marjales  
á fin de aumentar aquello!...—  
Procuraremos que ganes  
y que en ningún caso pierdas...—  
¡Tú eres menor!

FERNANDO.

¡Los curiales  
bien se han lucrado con eso!...  
Pero, en fin, hoy los Fernández...

BLAS.

Por ellos lo sé...

FERNANDO.

Me han dado  
cinco letras sobre Cádiz  
y cinco sobre Madrid...:  
veinte mil duros cabales,  
que mañana serán hierro,  
y eran ayer olivares...—  
Lo digo porque mañana  
los traeré acá, Dios mediante,

BLAS.

para que usted los negocie  
y entren en el arca grande.  
¡Eres una alhaja! ¡Un héroe!—  
¡Yo sabré recompensarte!...  
¡Conmigo te unes el día  
en que empiezan mis azares;  
cuando encarece la mena,  
cuando mis fuerzas decaen!...  
Casi parada la Fábrica  
está hace un año... ¡Yo antes  
era... lo que hoy no consienten  
ni mi edad ni mis achaques!...  
Pero con tu fuerte auxilio  
se vencerán tantos males,  
y seremos millonarios...  
en cuanto allí se trabaje...

FERNANDO. Yo no necesito mucho... (Mirando á Dolores.)

BLAS.

A propósito: ¿arreglaste  
los papeles de la herencia  
de Dolores?

FERNANDO.

En gran parte,  
y demuestran claramente  
que ella es la más rica...—El padre,  
cuando, de regreso á España,  
embarcóse en Buenos Aires,  
dejó allá en poder de un socio  
varias fincas y hasta vales  
por cobrar...

BLAS.

(Muy contento.) ¿No te lo dije?

FERNANDO.

Y, aunque varios comprobantes  
y resguardos perecieron  
con don Luis en esos mares,  
de sus cartas y las copias

- BLAS. todo resulta palpable...  
¿Lo ves? El pobre marino,  
cual si previera el desastre,  
me lo iba escribiendo todo  
con sus pelos y señales...
- FERNANDO. Será, empero, necesario  
para el asunto, que alguien  
marche allá y se esté seis meses  
desenmarañando fraudes...—  
¡Según la carta del Cónsul,  
el tal socio es un tunante!  
BLAS. ¡Eso á Miguel le tocaba!—  
Pero, hijo, nuestro magnate  
sólo sueña con la Corte...  
¡Irse allá son sus afanes!  
(Doña Rosa presta oídos.)
- FERNANDO. (Con viveza.)  
Yo podría...
- BLAS. ¡Tú no puedes!  
¡Hoy eres indispensable  
en la Fábrica!...—¡Además,  
no quiero que ahora te embarques,  
ni con Lola, ni sin ella!...—  
Casaos..., y más adelante...—  
Pero volviendo al mocito...
- FERNANDO. ¡Cálmese usted!  
ROSA. (Disculpándolo.) Miguel...
- BLAS. (Á Rosa.) ¡Dale!  
¡Mientras él pasa la vida  
pensando en coplas y fraques,  
sin parecer por la Fábrica,  
ni pensar en ayudarme,  
éste, que no es nada mío...

- FERNANDO. ¡Eh! Don Blas..., ¡no le rebaje!—  
Yo soy rico y vivo solo;  
carezco de sus alcances;  
(Señalándose á la frente.)  
ni padre ni madre tengo,  
ni perrillo que me ladre;  
hago lo que se me antoja,  
y quiero á ustedes...—  
(Para cortar la conversación, vuélvese bruscamente y  
se acerca á la lumbre.—Don Blas se pasea.)  
Mas ¡calle!  
¡Doña Ramona durmiéndose,  
y yo tan serio aquí helándome!...  
—¡Hola, Ramoncita!...
- RAMONA. ¡Hola!
- FERNANDO. ¿Se pasó el enojo?
- RAMONA. (Agría.) Casi.
- FERNANDO. ¿Y don Gil? ¿Cómo esta noche  
no está aquí acaramelándose?
- RAMONA. (Displicente.) No sé.
- FERNANDO. Pues yo sí lo sé.
- RAMONA. ¡Silencio, ó vuelvo á enojarme!—  
(Con reserva propia de chismosa.)  
¡Cuénteme usted de Miguel!
- FERNANDO. (Lealmente.)  
¿Miguel? ¡Tan guapo y radiante!—  
Esta tarde iba en el coche  
de la Condesa del Sauce...
- RAMONA. ¡Siempre con la forastera!
- FERNANDO. (Con afecto.)  
¡Parecía un personaje!...;  
y me saludó tan fino,  
que no acerté á contestarle.—

Ahora estará en el concierto...—

¡Y Don Gil también! (Esto último con malicia.)

RAMONA.

(¡Infame!

¡Y me juró que no iría!)

FERNANDO.

¡Lo encontré puesto de guantes  
y corbatín de ballena!...

(Suena un aldabonazo.)

DOLORES.

(Que estaba á la puerta del fondo, dice á Rosa:)

¡Ya está ahí Miguel! (Pausa.)

FERNANDO.

(Viendo que quien entra es D. Gil.)

(¡El arcángel!)

### ESCENA III

DICHOS, y DON GIL por el foro.

(El criado le quita la capa.—Don Gil, con frac antiguo,  
etcétera.—Véase la nota de la pág. 261.)

GIL.

Buenas noches...

DOLORES.

(Con naturalidad.) ¡Ah! No es él.

ROSA.

(Á Dolores.)

¡Ay, qué rato nos aguarda!

¡Defiéndelo si se tarda!

BLAS.

Señor Don Gil, ¿y Miguel?

Esperaba á ustedes juntos...

GIL.

¿Yo con Miguel?—¡Ni á la gloria!

BLAS.

¡Bueno! Tendremos historia...

ROSA.

¡Como es noche de difuntos!...

GIL.

¡Sí!... ¡Proteja usted al niño!

¡Cuando vengo avergonzado!...

Para él no hay nada sagrado,

ni honra, ni ley, ni cariño...—

¡Es un hereje! ¡Es un vándalo!

BLAS.

Mas ¿qué ha pasado, don Gil?

GIL.

¡Me ha llamado zascandil  
en plena reunión!

RAMONA.

¡Qué escándalo!—

¡Mira los inconvenientes

de ir á ciertas reuniones!...

GIL.

Ramoncita..., ¡mil perdones!...

Pero mis antecedentes,

mi alta posición social,

como abogado, censor

del teatro, regidor

y miembro corresponsal

de la Academia...—¡Usted ve!

(Volviéndose á doña Rosa.)

¿Quién pudiera imaginarse

que se atreviese á mofarse

de mí esa especie de... de...

¡de réprobo! ¡de pagano!...—

(Volviéndose á Don Blas.)

Sí, señor, ¡señor Don Blas!

¡Miguel tiene á Satanás

en el cuerpo! ¡Es volteriano,

jacobino!...

BLAS.

(A su mujer.) ¡Mira! ¡mira!

ROSA.

¿Él?

GIL.

¡Lo que usted está oyendo!—

Ayer le cogí leyendo

las *Ruinas de Palmira*...

Se las quise recoger,

como censor, ¡y ese ateo

esta noche me ha hecho un feo!...

FERNANDO.

(Con sorna.) ¡Vamos á ver!

GIL. ¡Nada! Estaba, hecho un poeta,  
tocando eso que ha inventado...

ROSA. ¿Los vales que ha dedicado  
á don Emilio Arrieta?—  
¡Son muy bonitos!

GIL. Sí, sí...—  
¡Mas yo creo al organista  
de la Colegiata, artista  
de mayor mérito!—Así  
se lo dije á la Condesa:  
la Condesa se irritó:  
gritamos: Miguel lo oyó,  
y dijo: —«Materia es esa,  
mi amigo señor don Gil,  
que usted no entiende.»—«¡Abogado  
soy!», repuse, y él, picado,  
replicó:—«¡Buen zascandil!»—  
Yo veré en el Diccionario  
lo que esta voz significa,  
y ¡ay de él si calumnia implica  
dicho tan estrafalario!

BLAS. ¡Oh! ¡descuide usted en mí!  
¿Dónde iríamos á parar?  
¡Atreverse á denostar  
á quien se respeta aquí,  
á un amigo de la casa,  
al que le ha visto nacer!...—  
¡Vaya! ¡vaya! ¡es menester  
que yo enmiende cuanto pasa!  
Por no afligir á mi esposa,  
fuí tolerante hasta hoy;  
pero ya sabrá quién soy  
ese danzante...

ROSA. ¡Blas!  
BLAS. ¡Rosa!

¡Déjame tú en mis asuntos  
siquiera por una vez!—  
Le dije:—«Ven á las diez...»  
Como es noche de difuntos...  
¡No le defiendas, mujer!  
¡No nos ama, pues no viene  
á alegrarse de que tiene  
padres que habrá de perder!  
Él hoy, por ese concierto,  
Nos deja huraño y esquivo...  
¡El que no me honra de vivo,  
no me llorará de muerto!

RAMONA. ¡Cabales! ¡Eso es hablar!  
¡Ese chico nos desprecia!...—  
¡Á mí me ha llamado necia!

GIL. ¡Toma! ¡y le van á matar!—  
Ya no hay en la población  
muchacho que sea su amigo.

RAMONA. Pues las muchachas... ¡no digo!  
(Dolores mira al techo.)

FERNANDO. ¡Ante todo la razón!  
Si los mozos no le quieren,  
es porque él, con su talento,  
logra cierto valimiento,  
y ellos de envidia se mueren.  
¡Noble, valiente, arrogante,  
dádivoso... (en demasía),  
no hay en toda Andalucía  
quien se le ponga delante!...  
Y, por lo demás, si quiebra  
con solteras y casadas,

es porque están humilladas  
al ver que no las requiebra.—  
(Dolores á la ventana.)

¿No es cierto que las humilla?  
(A doña Ramona.)

RAMONA. Si es pulla..., ¡no sé por qué!  
Sin embargo, diré á usted  
que, para andar por la villa  
tratando á todos de legos,  
debía ese Barrabás  
saber un poquito más  
que tocar como los ciegos.—

(Hace la caricatura de tocar el piano.)

GIL. ¡Comadre, usted me dispense!  
Ramoncita dice bien;  
Miguel mira con desdén  
la Fábrica...

(Doña Ramona y Don Gil dicen todo esto á Doña Rosa.  
Don Blas se pasea incomodado.—Dolores se acerca  
al grupo de la chimenea.)

RAMONA. ¡Pues que piense  
lo que hace!

GIL. Él dice ya  
que no ha de ser... *artesano*,  
y yo creo que el piano  
de comer no le dará.

DOLORES. (Con fingida naturalidad.)  
Dicen que en Madrid hay gentes  
que viven y triunfan de eso...

GIL. ¡Ah! ¡En Madrid! Sí..., ¡lo confieso!—  
Mas son hombres diferentes.—  
Allí..., ¡figúrate!... Allí...,  
¡se explica!—¡Pero Miguel!

¿Quién le ha enseñado? ¿qué es él?—  
Allí..., ¡vaya!...—¡Pero aquí!

FERNANDO. Pues yo siempre he respetado  
su ambición... Cuando le miro,  
me pongo triste y le admiro...—  
¡Miguel es muy desgraciado!—  
Porque mucho más que el arte,  
le traen devanado el seso  
la política, el progreso,  
los asuntos de otra parte...—  
¡Con qué imperio soberano  
nos decía ayer aquí:

«¡Yo no pienso nunca en mí!

¡Pienso en el género humano!»—

Á la verdad, estas cosas  
no están á mi alcance; pero  
de su exaltación infiero  
que son grandes, son hermosas.

Me pasan, pues, con Miguel  
dos rarezas que me asustan:  
que sus arranques me gustan...  
¡y me da lástima de él!—

¡No! No vive aquí en su esfera;  
no goza en lo que gozamos;  
es de otra manera... ¡Vamos!  
¡es como esa forastera!

RAMONA. ¡Justo! ¡como esa mujer  
que lo ha cogido en sus redes!...—  
¡Buena está!... ¡Acuérdense ustedes!...  
¡Pero ella le va á perder!—  
¡Ya se ve! ¡como es Condesa!...  
(según dice...—¡La verdad  
la sabe Dios!) ¡Reparad

- cómo sí hace caso de ésa!—  
Ella finge que se asombra  
de su genio extraordinario,  
y él, con tren de millonario,  
no la deja á sol ni á sombra.  
¡Ya inventan giras campestres,  
ya baños, ya cacerías,  
y así se pasan los días  
como dos indios silvestres!...
- GIL. ¡Pues, según dice el lacayo,  
ella es casada en Madrid!...
- ROSA. Ya está la cena...; venid...
- RAMONA. Sí, vamos: ¡yo me desmayo!
- BLAS. (Á Don Gil.)  
Vamos, vamos á cenar...—  
Del niño... ya pensaremos...
- FERNANDO. (Á Dolores.)  
Aguarda: ¡quiero que hablemos!  
(Retrocede hacia el proscenio.)
- ROSA. (Á Fernando.)  
¿Vas á hacerte de rogar?
- FERNANDO. Es que ya he hecho colación...
- ROSA. ¿Y tú? (Le disgusta dejarlos solos.)
- DOLORES. Yo no tengo gana.
- ROSA. ¡Jesús, qué chica! Mañana  
llamo al médico.
- BLAS. ¡Aprensión! (Á su mujer.)  
¡Deja! Los enamorados  
ayunan para charlar...
- GIL. (Sin conseguir que Doña Ramona acepte su brazo.)  
¡Es que comen el manjar  
de los bienaventurados!  
(Salen por la derecha.)

## ESCENA IV

DOLORES (de pie á la chimenea) y FERNANDO

- FERNANDO. (Después de alguna vacilación, dice:)  
Dolores, vamos á cuentas.—  
Ya lo ves... Estoy tranquilo...—  
Hablemos, pues, francamente...  
¡Como amigos! (Con abnegación.)
- DOLORES. (Calmosa y sonriendo.) Como amigos.
- FERNANDO. Quiero decir de este modo,  
que, aunque por tí me desvivo,  
de mi amor hoy no se trata...;  
se trata de tu albedrío...
- DOLORES. Bien: ¿qué ocurre?
- FERNANDO. Pues ocurre...  
que están los papeles listos,  
y que Don Blas tiene empeño  
en casarnos el domingo...
- DOLORES. ¿De veras? (Con calma.)
- FERNANDO. Es tan de veras,  
que esta tarde me lo ha dicho.
- DOLORES. ¿Y qué? (Con frialdad.)
- FERNANDO. ¡Que á mí no me basta  
que él insista en su designio...,  
ni que tú calles y aceptes...,  
ni el que llegues á cumplirlo!—  
¡Yo no puedo ser dichoso  
á costa de tu martirio!  
¡Por lo mismo que te quiero,  
quiero tu bien más que el mío...
- DOLORES. ¡Ah!... (Con estimación y extrañeza.)

FERNANDO. Y, pues que en mí no cifraste

(Esplando su rostro.)

la gloria por que suspiro,  
no temas, prenda del alma,  
que yo me case contigo.

DOLORES. (Con cautela.)

Fernando, vamos por partes.—  
¿Si tú te has arrepentido?...

FERNANDO. ¡No lo digas!—¡Yo te adoro...,  
te idolatro con delirio!...

DOLORES. ¡Piénsome que te equivocas,  
y que cedes á un capricho  
del digno Don Blas, no tuyo!...—  
Procura, te lo suplico,  
nuevo plazo á nuestra boda,  
y al cabo verás tú mismo  
que no era más que obediencia...  
lo que entonces será olvido.

FERNANDO. ¡Dolores, deja las chanzas!...  
Mátame con tu desvío,  
si no me quieres...—¡Yo sé  
que soy de tu amor indigno!—  
Y, si me quieres y gozas  
en ocultar tu cariño,  
ocultámelo, Dolores...;  
¡pero no dudes del mío!  
¡Antes duda de que ven  
los ojos con que te miro;  
antes de que quema el fuego...,  
antes de que hiela el frío!...  
Yo te quiero...—Iba á decirte  
que te quiero desde niño...;  
mas, si bien lo reflexiono,

¡no me acuerdo del principio!—  
¡Tan sólo sé que no guardo  
memoria de haber vivido  
sin adorarte del modo  
que te adoro y te bendigo!—  
Primero no hubo esperanza  
para mi amor...—¡qué suplicio!—  
¡pero, al par, cuán resignado  
miraba tu bien!...

DOLORES. (Alarmada.) No atino...

FERNANDO. Dispensa.—De Doña Rosa  
sé que fué un sueño...—Se dijo  
que tú y Miguel os gustabais,  
y que pensabais uniros...

DOLORES. ¡Miguel y yo!... ¡Qué locura!...—  
Mas ya se habrán convencido  
de que ni el uno ni el otro...

FERNANDO. ¡Es verdad!... ¡no hubo motivo!...—  
Y hoy menos, pues la Condesa  
(Observándola.)  
vemos todos que es...

DOLORES. (Sardónicamente.) ¡Su ídolo!—  
¿Quién lo duda?... (Viva transición.)  
(Con solemnidad.) En cuanto á mí...  
voy á ser franca contigo.

FERNANDO. ¡Habla!

DOLORES. Sí... Pero que nunca  
piense Don Blas que yo evito...

FERNANDO. ¡Ah! ¡Cállate!

DOLORES. Bien...

FERNANDO. ¡No!... ¡Habla!

DOLORES. Oye, pues tú lo has pedido.—  
Yo quiero amarte, Fernando...

Te lo mereces; lo ansío;  
y día y noche en tí pienso,  
y «¡ámale!», al alma le grito...  
Mas ¡ay! ¡no siembres en ella  
del bien el precioso trigo;  
que mi alma es un desierto  
seco y desagradecido!

FERNANDO. ¡No me amas! (Con hondo dolor y paciencia.)

DOLORES. (Compadecida.) No me entiendes...  
¡No es eso!

FERNANDO. Pues ¿qué?

DOLORES. Eso mismo...;  
pero otra cosa...—En resumen:

yo tus virtudes estimo,  
y, si te empeñas en ello,  
ó se empeña mi padrino,  
mañana, esta misma noche,  
me desposaré contigo...  
¡Pero indigna de tu amor;  
que no tú indigno del mío!

FERNANDO. ¡Malol ¡malol—No, Dolores...  
Tú me engañas... Yo concibo  
que no me ames...—¡Lo veo!  
¡lo lloro!...—Pero no admito  
eso de que eres ingrata  
y perversa...—¡Ni es granizo  
tu corazón, ni tus ojos  
engañaron á los míos!—

¡Tú amas! ¡tú sientes! ¡tú esperas!

DOLORES. ¡Calla! ¡no todo es lo mismo! (Turbada.)

FERNANDO. ¡Pero amas!

DOLORES. ¡Qué simpleza!

FERNANDO. ¡Te has puesto encarnada!

DOLORES. El frío...

FERNANDO. Á tu edad y con tus ojos,  
no hay un corazón tranquilo...;  
¡morena de veinte años,  
la que no quiere, ha querido!—  
¡Tú amas á Miguel!

DOLORES. (Terriblemente.) ¡Le odio!

FERNANDO. ¡Nada! ¡es él!

DOLORES. (Riendo convulsivamente.) ¡Vuelta al principio!  
(Se oye un aldabonazo.)

FERNANDO. ¡No lo niegues!

DOLORES. (Reponiéndose.) Han llamado.—  
Calla.

FERNANDO. ¡Callar es preciso!

### ESCENA V

DICHOS y MIGUEL, de frac y corbata blanca.

MIGUEL. (Á la izquierda.)  
¡Quietos! ¡quietos!—¡Qué demonio!  
¡Seguid, que yo no os censuro!  
—¿Conque os casáis?—¡De seguro  
que haréis un buen matrimonio!—  
¡No sé por qué vacilabas!

DOLORES. (A la derecha, cogiéndose del brazo de Fernando y  
sonriéndole dulcemente.)

¡No estés tan serio!

FERNANDO. (En medio.)

(¡Delante de él!)

MIGUEL. Conque ¿cuándo?

(Los separa, y hace seña á Fernando de que quiere  
hablarle á solas.)

- DOLORES. Me marcharé, si no acabas...  
(Echando á andar.)
- MIGUEL. ¿Te picas?
- DOLORES. ¿Yo?—Voy adentro. (Riéndose.)
- MIGUEL. ¿Y mi padre? ¿Se ha acostado?
- DOLORES. No. ¡Y está muy enfadado!  
(Sigue andando hacia el comedor.)
- MIGUEL. ¡Mejor! De ese modo encuentro motivo para empezar una grave explicación...—  
(Se asoma al comedor, y dice á Dolores:)  
Siguen cenando...—¡Chitón!...—  
(Á Fernando.)  
Primero te quiero hablar.

## ESCENA VI

MIGUEL, á la izquierda, y FERNANDO, á la derecha.

(Miguel le lleva del brazo al proscenio, con viveza y reserva.)

- MIGUEL. Fernando..., ¿cómo decirte para que me entiendas?...—¡Vamos! ¡yo necesito un amigo!
- FERNANDO. (Todavía preocupado.)  
Lo tienes.
- MIGUEL. ¡Verdad!... Tu brazo llega á tiempo...—De otro modo, yo hubiera muerto hace un año...—  
(Fernando, asustado, mira al comedor, recomendando á Miguel el sigilo.)  
¡Oh! ¿Por qué no me dejaste morir?...—¡Soy más desgraciado que nunca!—Fernando, entonces,

- mi dolor era cansancio, fastidio, la soledad del pensamiento tirano...—  
¡Hoy es la pasión, la fiebre, la impotencia!
- FERNANDO. ¡Pronto y claro!  
¿Qué te sucede?
- MIGUEL. ¡Si amas, me comprenderás, Fernando!—  
La Condesa...; ese tesoro...;  
(Júbilo en Fernando.)  
esa reina que idolatro, hallábase hace una hora, conmigo, junto al piano, mirándome..., y me decía con los ojos:—«¡Yo te amo!...  
»Tú eres un genio... ¡Allí está  
»Madrid...; allí los teatros...  
»la gloria de los artistas,  
»de los vates el Parnaso,  
»del orador la tribuna!...  
»¡Ven...; sacude ese marasmo;  
»deja esa vil existencia...;  
»tiende al mundo el vuelo raudo;  
»que, si volar tú no puedes,  
»yo te llevaré en mis brazos!...»—
- FERNANDO. Y tú, ¿qué le has respondido? (Con calma.)
- MIGUEL. Yo tocaba improvisando, y una música de fuego del salón llenaba el ámbito...  
Ya no me roía el alma aquel dolor solitario que me envejeció de niño;

que me llevaba á los campos  
á llorar y á maldecir,  
y puso un día en mi mano  
la pistola del suicida...  
¡Ya era dichoso mirando  
genios, reyes, hermosuras,  
alrededor del piano!  
¡Ya me parecía el mundo  
vastísimo anfiteatro,  
hecho para verme á mí  
y á la Condesa á mi lado!

FERNANDO. Lo de siempre.

MIGUEL. ¡Y era un sueño!

FERNANDO. Pues ¿entonces?...

MIGUEL. ¡Insensato! (Con afecto.)

¡no te burles!

FERNANDO. No me burlo...

Pero acaba pronto...

MIGUEL. Estábamos

todos así, cuando oímos  
el galope de un caballo  
en el patio de la casa...—  
Era un posta; era un criado  
de la Condesa.—Su esposo,  
el Conde, está agonizando  
en Madrid..., y ella esta noche  
saldrá en el correo...—«¡Vámonos!»  
me dijeron sus miradas.  
Y yo, ¡yo, desesperado!,  
le dije:—«Elena..., te adoro...  
¡Espérame!... ¡te acompaño!»

FERNANDO. ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Y antes moriría

que retroceder un paso!  
¡Si mi padre no me deja,  
quiere decir que me escapo,  
y si no me das dinero,  
lo juro por Dios:—¡Me mato!  
(Enciende un cigarrillo en el velón.)

FERNANDO. ¡Y lo hará como lo dice!...—

¡Vaya si lo hará!

MIGUEL. Fernando,

no temas...—Aun entre amigos,  
el dinero es muy sagrado...—  
Hablemos... como dos hombres.—  
¿Dudas que mi padre anciano  
sucumbirá antes que yo?

FERNANDO. ¡Qué horror!... ¡calla!

MIGUEL. Estoy hablando...

de negocios... ¡No deseo  
su muerte!—Es mi padre... ¡Lo amo!  
Pero la ley natural...

FERNANDO. ¡Oh! ¡me espantan esos cálculos!

MIGUEL. ¡Porque truecas las especies!—  
Ser previsor no es ser malo.—  
Resumen: como hijo único,  
heredaré al fin y al cabo  
la Ferrería.—Tú sabes  
que detesto aquel tinglado...—  
¡Nieto de insignes varones,  
que miro en esos retratos,  
vi con disgusto á mi padre,  
de su progenie olvidado,  
trocar en bajo industrial!...

FERNANDO. ¡Poco á poco! ¡No tan bajo!  
¡Preferible es fundir hierro

MIGUEL. á fundirse en un secano,  
como fundido se hubiera  
tu noble padre arruinado!  
Pues yo... ni seré fundido,  
ni fundidor: ó, más claro:  
fundiré en oro la Fábrica,  
en cuanto venga á mis manos;  
y con ese oro en la Corte,  
en aquel centro encantado  
del ingenio y la justicia,  
del mérito y del aplauso,  
¡ó pierdo el nombre que tengo,  
ó haré prodigios, milagros!

(Asentimiento sincero de Fernando, que oye, con las manos á la espalda, subyugado por el brío de Miguel.)

Ahora bien...: tú hoy has vendido  
tus tierras á los hermanos  
Fernández, para ser socio  
(Fernando se rasca la cabeza al notar esta transición.)  
de la Fábrica...

FERNANDO. Sí... Trato...

MIGUEL. ¡Perfectamente! Tratemos.

FERNANDO. ¡Miguel! (Como pensando en Don Blas.)

MIGUEL. Soy Miguel; no el diablo.—

Ten la bondad de callarte,  
que yo sé lo que me hago.—  
Cuenta con la Ferrería...,  
que habré de heredar...; y, en tanto,  
abóname diez mil duros  
de los veinte que has cobrado.—  
(Confusión de Fernando.)—(Pausa.)  
¡Como verás fácilmente,  
no es préstamo; es adelanto!—

Si muero...

FERNANDO. ¡Jesús!

MIGUEL. (Con firmeza.) Si muero  
antes que mi padre...—¡Sandio!  
¡no me pongas esa cara!—  
le enseñas...—ya lo he firmado—  
este recibo (Se lo entrega), y bien sabes  
que te pagaré en el acto,  
ó te instituiré heredero  
de la Fábrica.

FERNANDO. ¡Dios santo!

(No lee el papel, que tiene maquinalmente en la mano,  
hasta que lo rompe cuando se indica.)

¡Tú eres quien le hereda en vida  
si yo suscribo este pacto!

MIGUEL. No vaciles...—¡Pues supongo  
que no es temor!... ¡Yo no falto  
nunca á la palabra dada!...  
¡Hijo soy de padre honrado!

FERNANDO. ¡No es eso!—¡Bien me conoces!—  
¡Más hondos son mis reparos!

(Aparte.)

(Dolores ama á Miguel...—  
Dirán que á Miguel le allano  
la fuga, por egoísmo...  
¡Dirán que su ausencia pago!...)

MIGUEL. ¡Mira! no lo pienses más...—  
¡De todos modos me marchó!—  
(Con tono lúgubre.)

¡Pero el día que te cuenten  
que en Madrid se ha suicidado  
tu amigo Miguel..., no olvides  
esta escena!—Adiós, Fernando.

FERNANDO. ¡Espera!—(Pues que se marcha de todos modos...—¡Al vado!)—  
Miguel: ¿amas tú á Dolores?

MIGUEL. (Realmente asombrado.)  
¿Yo?... ¿qué?...

FERNANDO. Responde.

MIGUEL. (Entendiéndolo todo.) ¡Acabáramos!  
¿Tienes celos!—¿Yo querer á esa criatura de mármol?

FERNANDO. (Con insistente solemnidad.)  
Miguel, Dolores te ama.

MIGUEL. (Con mezcla de atención al incidente y á su asunto.)  
¿Qué dices? ¿Estás soñando?

FERNANDO. (Con energía.)  
Dolores te ama, Miguel.

MIGUEL. (Como si hablara solo.)  
¿Dolores á mí?...—¿Qué arcano!—  
¡Antes hubiera creído que me odiaba!...

FERNANDO. (Valerosamente.) Yo no trato de casarme con Dolores.

MIGUEL. ¿Cómo que no? (Extrañeza.)

FERNANDO. ¡Lo he jurado!—  
Déjate, pues, de aventuras, y, antes de dar ese paso, piensa que aquí... bien podrías ser venturoso á su lado...

MIGUEL. ¡Y con qué cara lo dices!—  
(Transición.)  
¡Me ama Dolores!...—Hermano... Razón de más para irme...—  
¡Qué demonio! Ni yo amo á Dolores, ni querría

ser causa de vuestro llanto...

FERNANDO. ¿No la amas? (Con mayor solemnidad.)  
¡Piénsalo bien!—

¿Nunca la amarás?

MIGUEL. (Yendo resueltamente á su asunto, pero cavilando siempre.) ¡Qué diablos

he de quererla!—Descuida...—

¡Más bien temo lo contrario!...

Siempre, entre esa chica y yo,

reinó una acritud... ¡Por algo

se deshizo aquel proyecto

que sabes!...—¡Nunca hemos hablado

á derechas!... ¡Se diría

que terror nos inspiramos!...

¡Ella, siempre taciturna,

y yo, siempre disgustado;

yo le parezco un bandido...

y á mí ella... ¡un juez de palo!—

Volvamos, pues, al asunto,

si era ese solo el obstáculo.

FERNANDO. (No la quiere... ¡Y la cuitada lo adora!...—¡Tal vez la salvo!)

MIGUEL. Decídete... (Mirando á la puerta del comedor.)

FERNANDO. ¿Cuándo os vais?

MIGUEL. La silla parte á las cuatro.

FERNANDO. Pues voy á mi casa... y vuelvo...—  
(Retrocediendo.)

Serán letras contra el Banco...

MIGUEL. ¡Mejor!

FERNANDO. Miguel: ¿y tu padre?

MIGUEL. De convencerlo me encargo.

Le explicaré mis proyectos...

FERNANDO. ¡Nunca les hizo gran caso!...

- MIGUEL. Porque vivís de rutinas...—  
¡Pero eres un buen muchacho!  
(Lo empuja para que salga.)
- FERNANDO. ¡Gracias!... (Con amargura.)  
Voy por esas letras...  
(Camina despacio y caviloso. De pronto se vuelve, rompe el papel, y lo arroja á la chimenea.)
- MIGUEL. ¿Qué haces?
- FERNANDO. ¡Rutinas!...
- MIGUEL. (Le abraza.) ¡Fernando!...
- FERNANDO. ¡Déjame! (Aparte.) (¡Por ella todo!)\*  
(Da un paso, y desde la mitad del teatro dice:)  
Habla á tus padres en tanto.
- MIGUEL. ¡Pero no sobre esa suma!... (Yendo á él.)
- FERNANDO. ¡Quita allá!...—¡Y eso es lo malo,  
que no se pueda decir!—
- MIGUEL. ¡Decirlo fuera el pecado!  
(Sale Fernando.—Miguel tira del cordón de la campanilla del fondo del escenario.)

## ESCENA VII

MIGUEL; luego el CRIADO

- MIGUEL. ¡Otra vez me da la vida!...—  
¡Lástima que quiera tanto  
á la que sólo desdenes  
podrá devolverle en pago!—  
Ya él dice que no se casa...—  
¡Procederá como un sabio!—  
¡Qué demontre de chiquilla!...—  
¿Quién se hubiera figurado...  
(Sale el criado.)

- CRIADO. Señorito...
- MIGUEL. Mi equipaje.—  
No te quedes corto... Marcho  
por largo tiempo.—Tres horas  
te doy. (El criado se aleja hacia el fondo.)  
¡Escucha! En el acto  
me vestiré de camino...—  
(Oyendo pasos á la izquierda.)  
¿Quién? (Viendo á Dolores.)  
(¡Ah!... ¡El susodicho arcano!)

## ESCENA VIII

DOLORES, MIGUEL

- (Dolores sale del comedor, y al verse sola con Miguel,  
se detiene turbada.)
- DOLORES. ¿Y Fernando?
- MIGUEL. Se marchó.  
(¡Y es guapa!—¿Le busca á él,  
ó á mí?...)—¿Te vas?
- DOLORES. Sí, Miguel:  
voy á mi cuarto.
- MIGUEL. No..., no...—  
Espera.—Fernando dijo  
que volvería.
- DOLORES. (Con alegría irónica.) ¡Ah! ¿Sí?
- MIGUEL. Sí.
- DOLORES. (Con sequedad burlesca.)  
Entonces... le espero allí.
- MIGUEL. ¿Estás picada?
- DOLORES. ¡No, hijo!
- MIGUEL. ¿Por qué?  
. Por lo de hace poco...

- Por mi enhorabuena...
- DOLORS. ¿Cuándo?
- (Haciéndose la tonta.)
- MIGUEL. Cuando hablabas con Fernando...
- DOLORS. ¡Jesús, Miguel!... ¿Estás loco?
- ¿Cómo he de picarme yo porque te parezca bien un enlace que también tu mismo padre aplaudió?
- MIGUEL. (Contrariado.)
- ¡Ah!... ¡Sí! (¡Pues tiene talento para defenderse!)—Lola, me alegro de hallarte sola... He ofrecido hace un momento á Fernando interceder por su pasión.—Él se queja de tu desvío...
- DOLORS. Bien: deja la broma...
- MIGUEL. Es formal, mujer.
- DOLORS. ¡Eh!—¿Cómo ha de ser formal, si te consta que le quiero?...
- MIGUEL. Pero...
- DOLORS. Nada más: no hay pero.—¿Y la Condesa? ¿Qué tal?
- MIGUEL. (¡Esto es ya desafiarme!...—
- ¡Pues yo he de hacer que confiese!)
- DOLORS. Vamos... ¿Qué silencio es ese?
- MIGUEL. ¡Nada!—Es que pienso marcharme, y quería despedirme (Espiendo su rostro.) de ti.
- DOLORS. (Sofocando su emoción.)
- ¡Vuelta á la manía!

- ¡No extrañes ya que me ría!
- MIGUEL. Veo con gusto que eres firme.
- DOLORS. (¡Ese bueno de Fernando le ha dicho alguna sandez!)
- MIGUEL. ¡Pero mira que esta vez me voy de veras!
- DOLORS. (Con serenidad.) ¿Y cuándo?
- MIGUEL. Antes de romper el alba.
- DOLORS. ¿Y dinero? ¿Te lo da sin duda..., Fernando?
- MIGUEL. ¡Quiá! (Mortificado.)
- (¡La he de ver como una malva!)—
- ¡Me marcho con la Condesa!
- DOLORS. (Tranquila.)
- ¿Dónde?
- MIGUEL. ¡Á Madrid!
- DOLORS. (Con burlona compasión.) ¿Y serás ya feliz? ¿No pensarás ya en matarte?...
- MIGUEL. ¡Lola, cesa! (Ofendido.)
- ¡Deja ese tono cruel!
- ¡Di que sientes mi partida!—
- Yo sé...
- DOLORS. ¿Qué sabes?
- MIGUEL. (Con repentina ternura, y llevándose una mano al corazón.)
- ¡Mi vida!
- DOLORS. ¿Qué dices?
- MIGUEL. ¿Me amas?
- DOLORS. (Con dignidad.) ¡Miguel!...
- ¡Respetá á Fernando!... Yo soy su novia, y no te pesa; tú quieres á la Condesa; ella te ama..., ¡y se acabó!

- MIGUEL. ¡Oh! ¡Fernando me ha mentido!
- DOLORES. (Viendo su furia.)  
(¡Todo es humo y vanidad!)
- MIGUEL. ¡Maldita curiosidad!
- DOLORES. ¡Hola! ¡Estaba consentido!
- MIGUEL. (Friamente.)  
Pues bien, Dolores; adiós.
- DOLORES. (Lo mismo.)  
Adiós.
- MIGUEL. (En medio de la escena.)  
(¡Oh! ¡Por qué le he hablado?)
- DOLORES. (Sola en el proscenio.)  
(¡Qué alma tiene el desdichado!)
- MIGUEL. (¡Me he lucido, voto á briós!—  
(Vuelve de pronto.)  
¡Dolores, no seas así!  
Confiesa que...
- DOLORES. No lo esperes.
- MIGUEL. ¡Nadie lo sabrá!—¿Me quieres?  
(Con ternura, hija del despecho.)
- DOLORES. ¿Por qué? ¿Me quieres tú á mí?  
(Con frialdad.)
- MIGUEL. ¡Te idolatro!
- DOLORES. ¡Pobre niño!  
¡Oh, qué bien te han retratado!  
¡para ti nada hay sagrado,  
ni honra, ni ley, ni cariño!  
Al amor y á la mujer  
con esa mentira hieres...,  
¡porque ni tú á mí me quieres,  
ni sabes lo que es querer!
- MIGUEL. Dolores... (Con respeto.)
- DOLORES. ¡No, no me amas!

- ¡Ni amarme puedes! ¡Ni yo  
quiero que me ames!...—¡Oh!  
¡Sólo al decirlo me infamas!  
(Le vuelve la espalda, avanzando hacia la chimenea.)
- MIGUEL. (Sin seguirla.)  
(¡Qué acento! ¡Qué alma! ¡Qué vida!  
¡Vaya si es una mujer!—  
(Con amarga ironía.)  
¡Y lo vengo á conocer  
la noche de mi partida!—  
(Avanza hacia la chimenea.)  
Lola: te pido perdón...  
(Con seriedad, y mirándola muy atentamente, como si  
acabara de conocerla.)  
Mi broma ha sido pesada...  
Tú mereces ser tratada  
con más consideración...—  
Antes... me engañó Fernando...  
(Dolores le mira, agradeciendo aquel tono.)  
Tú me has herido además...—  
(Acercándosele mucho, con admiración, y con la sua  
fianza que es natural entre ellos.)  
¡Y qué ojos tienes!... ¡Estás  
hecha un primor!...  
(Volviendo al tono del deseo.)
- DOLORES. (Impasible, burlona.) ¿Desde cuándo?  
¿Desde el preciso momento  
en que te marchas?
- MIGUEL. ¡Ahí  
verás mi desdicha!—¡Sí!  
He pasado..., y me arrepiento...,  
veinte años en tu presencia  
sin comprenderte jamás...

- DOLORES. ¡Es claro! ¡Y ahora te vas...  
á hacer de ello penitencia!...
- MIGUEL. ¡Cuenta con que volveré!
- DOLORES. (Sonríe tristemente.)  
¡Bien! Pero, en tanto, no olvides...  
que te aguardan... (Le vuelve la espalda.)
- MIGUEL. (Muy apurado ante la idea de no marcharse.)  
¿Qué me pides?
- DOLORES. ¡No te asustes!...—¡Márchate! (Sin mirarlo.)
- MIGUEL. ¡No es por ella, vive Dios!—  
¡No busco amor!... ¡Busco fama!  
¡La gloria es la que me llama,  
y voy de la gloria en pos!—  
Pero ¡aguárdame! Y un día,  
si renunciáis á esa boda,  
¡tuya será mi alma toda,  
tuya sólo, vida mía!  
¡Déjame, sí, que, al través  
del mundo, siga mi estrella...;  
que, en guerra ó en paz con ella,  
vendré á morir á tus pies!
- DOLORES. (Con amargura.)  
¡Á mis pies!...—¿Me odías acaso,  
Miguel, pues que, sin pasión,  
tratas, por loca ambición,  
de deshojarme á tu paso?  
Ni ¿cómo amarme podrías,  
si en nada nos parecemos  
y están en los dos extremos  
tus ideas y las mías?  
Tú amas la gran sociedad,  
la fama, el mundo, el rüido...  
Yo amo la paz y el olvido

- de mi quieta soledad.  
Lo que llaman tu talento,  
para mí es tu mayor falta...  
¡Tu cabeza está muy alta,  
y yo no vivo en el viento!  
¡Si te quisiera, tendría  
celos... hasta de tu nombre...  
y al mundo su grande hombre  
celosa le robaría!...  
Y tú á vegetar aquí  
no pudieras resignarte,  
sin luz, sin gloria, sin arte...,  
¡con una mujer así!—  
(Movimiento de disgusto de Miguel.)  
¿Lo ves cómo no me quieres?—  
¿Cómo entendernos los dos,  
yo, así... á la buena de Dios,  
y tú, que tan grande eres?
- MIGUEL. ¡Lola! ¡te burlas de mí!  
¡Pronto te has hecho coqueta!...—  
¡Nos amamos!
- DOLORES. ¡Qué poeta!  
¡qué loco!
- MIGUEL. ¡Tú me amas, sí!
- DOLORES. ¡No es verdad!—Mas, si te amara,  
(Con resolución.)  
¡tras esta conversación,  
me arrancara el corazón,  
ó de él tu amor arrancara!  
(Aparece Don Blas en la puerta del comedor.)  
¡Que no es noble proceder  
venir á mí á declararte  
la víspera de marcharte

en brazos de otra mujer!  
 MIGUEL. Escúchame...  
 DOLORES. ¡Basta!—Yo  
 tengo novio, y no te pesa;  
 tú quieres á la Condesa;  
 ella te ama..., ¡y se acabó!  
 (Echa á andar; Miguel va á seguirla, y se encuentra  
 cara á cara con su padre.)

## ESCENA IX

DICHOS y DON BLAS.

(Miguel, á la izquierda. Don Blas, en medio. Dolores,  
 á la derecha.)

MIGUEL. ¡Mi padre!  
 BLAS. ¡Así no lo fuera!  
 ¡Odiarte pudiera así!—  
 ¡Ni ella está libre de tí!...—  
 Miguel, eres una fiera.  
 Lo que acabo de escuchar  
 me da bien claro á entender  
 que has nacido para ser  
 el demonio de mi hogar.—  
 (Coge á Dolores de la mano, y se la pone delante.)  
 Sus padres me la legaron,  
 y afanado la crié,  
 y ni aun así les pagué  
 la merced que me otorgaron.  
 Hubiera sido tu esposa...;  
 mas tú, que al bien no naciste,  
 jamás atención pusiste

en flor tan pura y hermosa.  
 De uno en otro amor liviano  
 discurrió tu planta impía,  
 mientras que aquí me pedía  
 un hombre de bien su mano.  
 ¡Felices merecen ser,  
 y hacerlos felices quiero!...  
 ¡Se aman!

MIGUEL. ¡Se aman!... (Mirando á Dolores.)

DOLORES. (Á Don Blas, confusa.)

Pero...

BLAS. No le defiendas, mujer.—  
 (Á Miguel.)

¡Ven! ¡requiérela de amores!  
 ¡Hazla también desgraciada!  
 Dile...

MIGUEL. (Con altanería.) ¡Yo no diré nada!

BLAS. ¡Hola!...—Déjanos, Dolores.  
 (Dolores entra en el comedor.)

## ESCENA X

DON BLAS y MIGUEL

(Pausa.) (Don Blas hace un penoso esfuerzo, y se  
 dirige dulcemente á Miguel, sin moverse.)

BLAS. ¡Oh!..., no armes el entrecejo  
 con insolente desvío...  
 ¡Válgame Dios, hijo mío,  
 cuánto afliges á este viejo!  
 ¡Quién lo dijera otros días,  
 cuando, tierno y dulce niño,  
 fuerza, consejo y cariño

á tu padre le pedías!  
 ¡Cuando más débil que yo,  
 y también más ignorante,  
 no sabías lo bastante  
 para despreciarme!...

MIGUEL. (Que no contaba con aquella blandura.) (¡Oh!...)

BLAS. ¡Ven!..., y, al hallarme enojado,  
 Desarma mi justa ira...  
 ¡No la desafíes!... ¡Mira,  
 Miguel, que estoy humillado!—  
 No me ames, aunque muera;  
 no admires, como otras veces,  
 lo que hoy llamas mis chocheos;  
 pero ¡témeme siquiera!

MIGUEL. (Confundido.)  
 ¡Hable usted!...

BLAS. Sufró, hijo mío,  
 el pesar y la zozobra  
 del que consagra á una obra  
 su inteligencia y su brío,  
 su esperanza y su ventura,  
 toda su vida y su amor...  
 y se encontrará á lo mejor  
 descontento de su hechura.

MIGUEL. ¿Qué más? (Impaciente.)

BLAS. (Dominándose.) ¡Por última vez  
 diré más!...—Demos que no eres  
 mi hijo, pues serlo no quieres  
 en tu insensata altivez...—

Miguel: ¿quieres ser mi amigo?

¿Quieres ser mi hermano?

MIGUEL. (Conmovido y confuso.) Quiero...

BLAS. ¿Quieres ser mi compañero

y vivir siempre conmigo?

MIGUEL. ¿Qué me piensa proponer? (Asustado.)

BLAS. Que dejes ya tu manía,  
 y entres en la Ferrería  
 á ganar para comer,  
 que de mis hombros, cansados  
 de trabajar por criarte,  
 quites, al menos en parte,  
 el peso de los cuidados;  
 que pienses que he de morir,  
 y que tu madre, ya' anciana,  
 quedará sola mañana  
 enfrente del porvenir...—  
 Esto, Miguel...—sin que llores...  
 pues te ruego, y no te obligo...—  
 esto te pide un amigo...  
 que te ha hecho algunos favores.

MIGUEL. (Limpiándose las lágrimas impacientemente.)

¡Oh padre!... ¿Por qué nací?—

¡Si es un favor la existencia...  
 gracias!...

BLAS. (Tranquilamente.) Esa irreverencia,  
 Miguel..., es propia de ti.

MIGUEL. Padre... ¡Soy tan desgraciado!...

Yo conozco la virtud,  
 comprendo mi ingratitud,  
 sé que soy un descastado;  
 me aborrezco, me maldigo  
 y me quisiera matar...;  
 ¡pero no puedo agradar  
 á mi padre ni á mi amigo!

BLAS. No quieres: no es que no puedes.

MIGUEL. ¡Es que no puedo!... ¡Es que el alma

se aniquila en esta calma!...—  
 ¿Por qué no soy como ustedes?—  
 Si jamás hablo en la mesa,  
 si me ven muy poco..., ¡ay!, es  
 porque su amor, su interés,  
 su vista..., ¡todo me pesa!—  
 ¡Salgo al campo..., y ya les quiero:  
 me ausento..., y más les adoro:  
 vengo..., y me enojan, y lloro,  
 y me consumo, y me muero!—  
 La casa odio en que nací,  
 el pueblo en que me crié,  
 la gente que aquí traté,  
 los años que pasé aquí...  
 Creo á veces que no he nacido...;  
 á veces que he muerto ya...  
 ¡Y es que muerta el alma está  
 para el placer conocido!  
 ¡Es que mi anhelo vehemente  
 no cabe en esta prisión,  
 y aire pide el corazón,  
 que se asfixia en este ambiente!—  
 Cuando, al trasponer el día,  
 veo los últimos reflejos  
 del crepúsculo, á lo lejos,  
 sobre la tierra sombría...,  
 «Allí (digo) hay otros hombres...,  
 »otro mundo..., otros placeres...»,  
 y finjo ideales seres,  
 historias, sitios y nombres.  
 ¡Peligros, dolores, gozo...,  
 teatros..., luces..., estruendo...,  
 todo, todo lo estoy viendo

desde oscuro calabozo!...  
 Y esas creaciones me llaman,  
 ó con desprecio me miran...—  
 ¡Hay hombres que no me admiran!  
 ¡Mujeres que no me aman!—  
 Si do acaba el horizonte  
 vuestro mundo acaba..., ¡allí  
 principia mi mundo!—¡Sí!  
 Tras un monte hay otro monte;  
 y treparlos, y ganarse  
 gloria, y fama, y porvenir...,  
 ¡eso, padre, eso es vivir;  
 vivir... é inmortalizarse!—

(Don Blas le oye asustado.)

Proporcionado á la vida  
 hizo este planeta Dios,  
 y breve espacio á los dos  
 dió para verse de huída...  
 ¿Qué diré, pues, del que encierra  
 en un rincón vida y nombre?...—  
 ¡Sin que la reduzca el hombre,  
 harto mezquina es la tierra!  
 ¡Calla..., ó creeré que te agita  
 un espíritu infernal!...—  
 ¡Oh! ¡sí!...; tú nos quieres mal,  
 y es tu conciencia quien grita.  
 Desde que osaste, Miguel,  
 creerte más grande que yo,  
 pecaste como pecó  
 al rebelarse Luzbel.  
 Lo que tú llamas *deseo*,  
 el cielo estima *pecado*...  
 Tú te dices desgraciado,

BLAS.

y el Señor te juzga reo.—  
 (Miguel se encoge levemente de hombros.)  
 ¿Te ríes?... ¡Ya se me alcanza  
 por qué! ¡No crees en el Cielo!...—  
 ¡Necio, que pide consuelo

MIGUEL.

cuando no tiene esperanza!  
 ¡Sí la tengo!... ¡Noble, inmensa,  
 hija de un afán profundo,  
 cifrado en el bien del mundo,  
 y en su amor por recompensa!  
 La anterior generación,  
 apegada á las ruínas,  
 aún se goza en las rutinas  
 del miedo y la desunión...  
 ¡Pero hoy de fraternidad  
 todo vive ya en el nombre!...  
 ¡Porque el hombre no es el hombre;  
 el hombre es la humanidad!

BLAS.

¡Me asustas! Así, mañana  
 no habrá familias...

MIGUEL.

¡Sí habrá!  
 Pero una sola..., ¡y será  
 la grande familia humana!

BLAS.

¡La familia humana!...—¡Oh gloria!  
 ¡Ya sé que vive en la tierra,  
 y en los partes de la guerra  
 leí esta tarde su historia!  
 ¡La familia humana!... ¡En pos  
 de ella la vuestra dejáis,  
 y una sociedad formáis  
 huérfana de padre y Dios!

MIGUEL.

¿Qué sabe usted dónde van  
 siglos y generaciones?—

¡Ya no hay castas ni naciones  
 en la familia de Adán!  
 ¡Ya no oculta el Oceano  
 mundos á nuestra ignorancia,  
 ni espantable la distancia  
 divide al género humano!  
 ¡Ya no hay fronteras, ni mares;  
 ni se huyen cristiano y moro;  
 que, en pos de gloria y de oro,  
 todos confunden sus lares!...  
 Y, mientras así se agita  
 la Industria en tan noble guerra,  
 y gira en torno á la tierra  
 el Arte cosmopolita,  
 ¿he de limitar mi gloria  
 á dar un giro diario  
 en torno de un campanario,  
 como una mula de noria?  
 ¿Puede usted robar al Arte  
 la afición con que he nacido,  
 y enterrar en el olvido  
 lo que ya es de todos parte?...—  
 ¡Oh! ¡Morir antes consiento!

BLAS.

MIGUEL.

¡Alma desagradecida!  
 ¿Si usted me ha dado la vida,  
 Dios me ha dado mi talento!—  
 Por tanto, yo le suplico..., (Friedad cortés.)  
 le venía á suplicar...  
 que me permita marchar...

BLAS.

MIGUEL.

(Retrocediendo espantado.)  
 ¿Adónde?—¡No me lo explico!  
 Antes del amanecer...,  
 á Madrid.—Tengo dinero...—

De modo, padre, que espero...  
 BLAS. ¿Marcharte?...—¡No puede ser!  
 (Con imperio.)  
 MIGUEL. Piénselo... (Con falsa humildad.)  
 BLAS. Ya lo he pensado.  
 MIGUEL. ¡Mire que lo he prometido!  
 BLAS. (Con odio.)  
 ¿Á esa mujer?  
 MIGUEL. (Con insistencia.) Á ella ha sido.  
 BLAS. ¡Planes de un desvergonzado!  
 MIGUEL. Llámelo usted como quiera...  
 ¡Ello es que me muero aquí!—  
 ¿Qué hacer?  
 BLAS. ¡Someterse á mí!  
 MIGUEL. ¡Eso es decir que me muera!  
 BLAS. ¿Me he muerto yo?  
 MIGUEL. ¿Y es igual  
 su mundo de usted al mío?...  
 ¡el de usted, antro sombrío!...  
 ¡el mío, luz inmortal!...  
 BLAS. ¡Calla! (Con tedio y furor.)  
 MIGUEL. Es...  
 BLAS. ¡Qué calles!—Ya oí  
 lo bastante...—Yo no entiendo  
 (Con amargura.)  
 de arte y gloria; mas comprendo  
 que eres un malvado...  
 (Gesto airado de Miguel.) ¡Sí!  
 ¡Eres un ingrato! ¡Eres  
 un mal hijo!... Divertirte,  
 correr, triunfar y lucirte  
 con mi sudor... ¡Eso quieres!—  
 Pues te engañas.—Desde hoy

harás lo que yo te mande...:  
 que si naciste hombre grande...  
 yo, que tan pequeño soy,  
 debo á la naturaleza  
 y á Dios el mandar en ti.  
 ¡Mandar!  
 MIGUEL. ¡Eso dije, sí!—  
 BLAS. ¡Ó soy ó no soy cabeza  
 de la familia!  
 MIGUEL. (Sardónicamente.) ¡De fijo  
 saldrá usted, al fin y al cabo,  
 con que un hijo es un esclavo!...—  
 Pues bien: ¡no quiero ser hijo!  
 (Saluda, y da un paso atrás.)  
 BLAS. (Soberbio.)  
 ¡Á lo menos, piense usted  
 que soy amo de mi casa!...  
 MIGUEL. Pues yo á mi soldada escasa  
 renuncio...—No comeré.—  
 Que amor tan utilitario  
 como el de usted, padre mío,  
 mata mi libre albedrío  
 y se convierte en salario.  
 (Nuevo reverente saludo, sin alejarse.)  
 BLAS. ¡Monstruo! ¿Por qué te dí vida?  
 MIGUEL. Usted lo sabrá. (Frisamente.)  
 BLAS. Por qué  
 te dirigí, te crié,  
 te dí alimento y guarida?  
 MIGUEL. Dios lo dispuso. (Sarcásticamente.)  
 BLAS. ¡Á los dos  
 nos hiere tu desacato!...  
 ¡Siempre es con su padre ingrato

- el que es ingrato con Dios!
- MIGUEL. (Cogiendo el sombrero, y como hablando consigo.)  
¡Basta!
- BLAS. ¡Sí! ¡Que allá en los cielos  
mi padre tiembla al oírte,  
y saltan á maldecirte  
las sombras de tus abuelos!  
(Señala á los retratos.)
- MIGUEL. Me voy...  
(Como brindándose á alguna demostración de despedida.)
- BLAS. ¡No cuentes conmigo!  
(Volviéndole la espalda.)
- MIGUEL. (Saludando profundamente.)  
¡Me basto yo solo!  
(Saluda otra vez, y echa á andar.)
- BLAS. (Muy herido.) ¡Espera!  
(Desde en medio del teatro.)  
¡Piensa siempre y dondequiera,  
Miguel..., que... no te bendigo!  
(Dirigese al comedor, dando con toda la familia, que sale atraída por las últimas voces de Don Blas.)

## ESCENA XI

DICHOS, DOÑA ROSA, DOLORES, DON GIL  
y DOÑA RAMONA

- ROSA. Blas... ¿que es esto?
- BLAS. (Abrazándola.) ¡Rosa mía!  
¡No nos ama!... ¡Huyamos de él!
- MIGUEL. ¡Yo soy quien huye!... (Con resolución.)
- ROSA. (Yendo á sus brazos.) ¡Miguel!
- MIGUEL. ¡Madre! ¡Otra nuevà agonía!

- ROSA. ¡Hijo del alma! ¿Te vas?  
(Deteniéndole, abrazada á él.)
- GIL. ¡Mira á estos dos pobres viejos,  
hijo ingrato!
- MIGUEL. (Furioso.) ¿Son consejos,  
ó insultos?
- RAMONA. (Retrocediendo y tirando de Don Gil.)  
¡Oh! ¡Satanás!
- MIGUEL. ¡Cuidado conmigo!— Madre...  
¡Todos me insultan!... ¡Y á fe  
que á nadie toleraré  
lo que toleré á mi padre!
- RAMONA. Huyamos de este furioso.
- BLAS. (Abrazando á Dolores, que le contiene y le trae al  
proscenio.)  
¡Tú sí que eres hija mía!
- ROSA. (Á Miguel, que insiste en irse.)  
¡Ven, por la Virgen María!
- GIL. (Parapetado detrás de Doña Ramona.)  
¡Deje usted á ese orgulloso  
que se vaya á mendigar!
- MIGUEL. ¡Cállese el viejo ignorante,  
oráculo petulante  
de los necios del lugar!  
(Tratando de soltarse de su madre.)
- GIL. ¿Á mí?  
(Enseñándole el puño detrás de Doña Ramona.)
- MIGUEL. ¡Sí! (Se suelta y va hacia Don Gil.)
- BLAS. (Desprendiéndose de Dolores.)  
¡Deja le mato!  
(Coge una silla para acometerle.)
- MIGUEL. (Poniéndose delante.)  
¡Máteme usted!

ROSA.  
TODOS.

¡Blas!  
¡Don Blas!

(Le cercan, le quitan la silla y se lo llevan por la derecha Doña Rosa, Don Gil y Doña Ramona.)

BLAS.

(Desde la puerta del comedor.)  
¡Oh! ¡Para siempre jamás  
te desconozco, hijo ingrato! (Se lo llevan.)

### ESCENA XII

DOLORES, MIGUEL, y luego FERNANDO

(Dolores queda á la puerta del comedor, inmóvil, con la cabeza baja.—Miguel anonadado.—Cuando el silencio le advierte que se fueron todos, da una sacudida y exclama:)

MIGUEL. ¡Ya soy libre!...—(Pensando en la anterior escena.)  
¡Trance fiero!

(Repara en Dolores al echar á andar.)

(¿Y esta Dolores, qué aguarda?...—

Retrocede al proscenio, fingiendo no haberla visto y creyendo que se retirará ella antes. Lucha allí con sus ideas, y exclama de pronto:)

¡Á Madrid!...—¡Cuánto se tarda  
Fernando con el dinero!

DOLORES. (Avanza por delante de la chimenea, mientras que Miguel mira, de intento, á la izquierda y al fondo; pero nunca á la derecha, para no ver á Dolores.)

(¡No me mira!...—¡Es indudable!  
¡nos abandonal)

FERNANDO. (Apareciendo al fondo, y parándose.)  
Heme aquí.

MIGUEL. (Yendo á él, y tapándolo con su cuerpo, para que Dolores no vea que recibe las letras que Fernando saca entonces del bolsillo.)

¡Trae!...—¡Silencio! (Por Dolores.)

Adiós...

FERNANDO. (Extrañando la frialdad y enojo de Miguel.) ¿Así?

MIGUEL. (Volviendo al proscenio muy turbado, y casi sin mirarla.)

Adiós..., Lola...

DOLORES. (Volviéndole la espalda.) ¡Miserable!

MIGUEL. (Aturdido.)

¡Sed muy dichosos los dos!...

(Fernando se acerca á Dolores, la cual se apoya en su brazo.)

FERNANDO. (Á Dolores.)

Dime...

MIGUEL. (Los mira unidos y siente envidia; pero se rehace y exclama:) ¡El mundo entero es mío!—

Lola...—Fernando...—¡Qué frío!—

(Dolores no le da la mano.—Fernando se la da con disgusto, al ver la actitud de Dolores.)

Padre... Madre... ¡Adiós! ¡Adiós!

(Mirando al comedor, y despidiéndose, á falta de ellos, de los muebles, cuadros, etc., por los cuales pases la vista.—Sale.)

DOLORES. ¡Detenle! (Sin poder contenerse.)

(Fernando no obedece, y la suelta, mirándola con severidad.—Dolores se dirige hacia el comedor, gritando:)

¡Madre! ¡se va!

(Da un grito agudo.—Fernando corre hacia ella, y la recoge en sus brazos desmayada.)

## ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA ROSA, DON BLAS, DOÑA RAMONA  
y DON GIL

(Todos acuden al grito de Lola.)

GIL.

RAMONA.

BLAS.

{¿Qué?

(Viéndola desmayada.)

¡Dolores!

ROSA.

(Á Fernando con angustia.) ¿Y Miguel?

FERNANDO.

Partió... (Muy enojado.)

ROSA.

(Echándose en brazos de Doña Ramona.)

¡Dios vaya con él!

BLAS.

¡No!...—¡Sí, que es huérfano ya!

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

Patio de casa andaluza, con macetas, etc., donde no estorben.—Á la izquierda del espectador un arco y el primer peldaño de una ancha escalera.—Allá, en el mismo lado, puerta de una sala baja.—Á la derecha, en segundo término, puerta del despacho de Don Blas.—(Si hay jaulas, que no tengan pájaros, para que no canten.)—En el fondo, en medio, gran salida al portal, con cancela de hierro, cuya parte céntrica se abre y se cierra.—Más allá se ve la calle.—Á la izquierda, la mesa que había en el propio lado en el salón del acto primero.—Las mismas sillas junto á las paredes.—El sillón de Don Blas á la derecha del proscenio, y otro mueble grande.—(Hay toldo.)

## ESCENA PRIMERA

DOLORES y FERNANDO

(Dolores está sentada junto á la mesa, bordando, con los pies en los palos de una silla de altura tan regular como la que ella ocupa.—Fernando sale del despacho.)

FERNANDO. (¡Ah! ¡Dolores!)

DOLORES.

(¡Ah! ¡Fernando!)

FERNANDO. ¿Sola?

DOLORES.

Sí...

FERNANDO.

¿No duermes siesta?

DOLORES.

No tengo sueño.

FERNANDO.

¿Hace mucho que estás?...

DOLORES.

Á las tres y media bajé...

FERNANDO.

¡Bah! ¡y yo sin saberlo!  
No bien comí, á toda prisa